

La necesaria ruptura
Alain de Benoist (mars 2005)

Se ha caracterizado al siglo XX de múltiples formas: siglo de la entrada en la era atómica, siglo de la descolonización, de la liberación sexual, siglo de los «extremos» (Eric Hobsbawm), de la «pasión por lo real» (Alain Badiou), del triunfo de la «metafísica de la subjetividad» (Heidegger), siglo de la tecnociencia, siglo de la globalización, etc. El siglo XX fue, sin duda, todo esto. Pero también es el siglo en el que se produce el apogeo de la pasión consumista, la devastación del planeta y, como reacción, el surgimiento de la preocupación ecológica. Para Peter Sloterdijk, quien caracteriza a la modernidad por el «principio de sobreabundancia», el siglo XX es ante todo el siglo del despilfarro. «Mientras que, para la tradición —escribe el filósofo alemán—, el despilfarro constituía el pecado por antonomasia contra el espíritu de subsistencia, puesto que ponía en juego la reserva siempre insuficiente de medios de sobrevivencia, se ha producido en la era de las energías fósiles un profundo cambio de sentido respecto al despilfarro: se puede decir que actualmente el despilfarro se ha convertido en el primer deber cívico [...]. Lo prohibido ya no es el despilfarro, sino la frugalidad: como se expresa en los constantes llamamientos a mantener la demanda interior.»

A comienzos del siglo XXI, que se anuncia como un siglo en el que la «fluidez» (Zigmunt Barman) tiende a remplazar por doquier a lo sólido —como lo efímero reemplaza a lo duradero, como las redes sustituyen a las organizaciones, las comunidades a las naciones, los sentimientos transitorios a las pasiones de una vida entera, los compromisos puntuales a las vocaciones inmutables, los intercambios nómadas a las relaciones sociales arraigadas, la lógica del Mar (del Aire) a la de la tierra—, se constata que el hombre habrá consumido en un siglo reservas que la naturaleza había tardado en forjar 300 millones de años.

Las sociedades antiguas habían comprendido espontáneamente que no puede existir ninguna vida social que no tenga en cuenta el medio natural en el que se desarrolla. En *De senectute*, evocando este verso citado por Catón: «Un árbol va a plantar en pro de otros tiempos», Cicerón escribe lo siguiente: «Por viejo que sea, el campesino al que se le pregunta a favor de quién está plantando algo, no duda en contestar: “A favor de los dioses inmortales, que quieren que, sin contentarme de recibir estos bienes de mis antepasados, los transmita a mi vez a mis descendientes”» (7, 24). La reproducción duradera ha sido la norma en todas las culturas humanas hasta el siglo XVIII. Cualquier campesino de antaño era, sin saberlo, un experto en «sostenibilidad». Pero también los poderes públicos lo eran a menudo. Un ejemplo típico es de Colbert, quien, reglamentando las talas de bosques para asegurar la repoblación forestal, hacía plantar robles con el fin de obtener mástiles de barcos trescientos años después.

Los modernos han actuado al revés. No han dejado de comportarse como si las «reservas» naturales se pudieran multiplicar al infinito —como si el planeta, en todas sus dimensiones, no fuera un espacio finito. En cada instante presente han empobrecido el futuro al consumir a ultranza el pasado.

A este respecto, los dos problemas principales son, por un lado, la degradación del medio natural de vida bajo el efecto de las contaminaciones de todo tipo, las cuales también tienen directas consecuencias en la vida humana y en la de todos los seres vivos; y, por otro lado, el agotamiento de las materias primas y de los recursos naturales actualmente indispensables para la actividad económica.

Ya se han descrito demasiadas veces las contaminaciones como para que sea necesario volver a ello. Recordemos tan sólo que la producción anual de basura en los veinticinco países de la OCDE asciende actualmente a 4.000 millones de toneladas. El aumento de la cantidad de gas carbónico en la atmósfera, que acarrea la concentración de los gases con efecto invernadero y, por ende, el recalentamiento general del planeta, en particular en los polos, provoca un inquietante aumento del nivel del mar, intensifica la erosión de los suelos, agrava los efectos de la sequía, explica el aumento de la frecuencia e intensidad de los temporales, de los ciclones tropicales, de los maremotos, de las canículas, de los incendios forestales, etc. Al mismo tiempo, prosigue la deforestación a un ritmo espeluznante (la superficie forestal destruida cada año equivale a la superficie de Grecia), mientras que se agotan las reservas naturales. El petróleo se extraerá, dentro de poco, con rendimiento decreciente, al mismo tiempo que sigue aumentando la demanda. Las energías renovables sólo representan de momento el 5,2% de toda la energía consumida en el mundo. Sería vano esperar demasiado de ellas. En cuanto al «desarrollo duradero», del que tanto se habla desde 1973 (informe Brundland), aparte de que se presenta sobre todo como una postura mediática, sólo consigue en el mejor de los casos retrasar los ineluctables plazos.

En la óptica del desarrollo duradero, el medio natural de vida sólo es una variable constrictiva que aumenta el coste del funcionamiento de un sistema encaminado al crecimiento infinito de los productos mercantiles. Este modo de desarrollo no cuestiona en absoluto el principio de un crecimiento sin fin, cuya posibilidad intenta salvar, al tiempo que afirma buscar los

medios que no la hagan ecológicamente catastrófica. Este planteamiento se parece a la cuadratura del círculo. Si se admite, en efecto, que el desarrollo es la causa principal de la degradación del medio natural de vida, es completamente ilusorio querer satisfacer «ecológicamente» las necesidades de la actual generación sin cuestionar la naturaleza de estas necesidades. Como lo ha demostrado en múltiples ocasiones Serge Latouche, la teoría del desarrollo duradero se contenta, para hacer frente a los problemas, con desarrollar procedimientos o técnicas de control que cuidan los efectos de estos males sin actuar sobre las causas. Resulta, de tal modo, particularmente engañosa, pues hace creer que resulta posible remediar la crisis sin cuestionar la lógica mercantil, el imaginario económico, el sistema del dinero y la expansión ilimitada del capital. En realidad, se condena dentro de cierto plazo, en la medida en que se sitúa en el marco de un sistema de producción y de consumo que es la causa esencial de los daños que pretende remediar.

En tales condiciones, es totalmente natural que surja otra teoría: la que intenta organizar el decrecimiento. Tal término puede atemorizar o parecer utópico. Se trata, en cualquier caso, de una perspectiva que merece explorarse, como ya lo están haciendo en muchos países, numerosos economistas e investigadores. El decrecimiento representa una alternativa en forma de ruptura. Pero no será posible más que si se produce una transformación general de los espíritus. Serge Latouche habla con mucha razón de «descolonizar el imaginario». Ello obliga a combatir el productivismo en todas sus formas existentes: no se trata de volver atrás, sino de superar. Se trata de sacar de nuestras cabezas la primacía de la economía y la obsesión del consumo, que han hecho que el hombre se haga extraño a sí mismo. Se trata de romper con el mundo de los objetos para reinstaurar el de los hombres.